

HECHIZO

José Castro Urioste

*A Gladys y Humberto, por eternas razones
y también, para Lucas Humberto,
por las nuevas razones.*

Tú te acercabas a la baranda del segundo piso del pabellón y te apoyabas allí, cerca de un macetero donde unas gotas resbalaban de las hojas de los mastuerzos y aguardabas el momento (lunes a las nueve, martes a las ocho, los miércoles no iba, jueves también a las nueve, viernes a las diez) para verlo pasar con el cabello todavía húmedo, el bigote recortado, el maletín oscuro e inmediatamente buscabas sus ojos que no tenían otro rumbo que el aire frío de la mañana y esperabas, esperabas y seguías esperando que un día él mirase los rojizos mastuerzos que adornaban la baranda del segundo piso y luego sería fácil, sí, sería fácil que su mirada se desviara unos centímetros y confundiese tu rostro con la única flor que aún sobrevivía en ese



invierno. Y fue así porque al sentir su mirada te sonrojaste como los pétalos del mastuerzo que te acompañaba y te sonrojaste más al sonreírle y más aún cuando dejaste caer los párpados para abrirlos después y poder creer que esa mañana sus ojos habían abandonado el aire frío que tenía al frente. Tú pensabas que era profesor y casi se lo dijiste cuando tres días después se encontraron cerca del pabellón de Economía y él te dijo ¡hola! Y tú, buenos días, casi casi buenos profesor y no comprendiste que él estaba ahí, realmente ahí, preguntándote si estabas apurada y de verdad, sí, estabas apuradísima pero lo callaste, lo callaste ese lunes que andabas tan atrasada que habías pensado que sólo ibas a encontrar las hojas de los mastuerzos, las gotas de nadaban en ellos, pero él te dijo que su profesor había cancelado su primera clase de la mañana, entonces pensaste que no, que él también era estudiante y luego te dijo si tenías unos minutos para tomar café. ¿Un café?, repetiste para poder confirmar lo que te parecía imposible estar escuchando. Sí, era estudiante, pero del último semestre de ingeniería civil, sí, trabajaba en una empresa constructora, preparaba la tesis, la tesis ya. Te invitó para ir al cine ese fin de semana y aceptaste, y aceptaste después las pizzas y el vino, el paseo por las calles húmedas, aceptaste también la mano que trenzabas, aceptaste compartir esporádicamente unas sábanas amarillentas en la cuadra tres del jirón Puno. Pero siempre rechazabas las historias de mujeres que existían en su calendario, incluyendo la de una profesora de matemáticas, lo que, según los pasillos de la

universidad, explicaba su promedio fuera de serie. Y tú odiabas esos fantasmas, a esos chismes que navegaban en el aire estacionándose en los oídos de estudiantes y profesores. Entonces quisiste demostrar que cuando entrelazabas tus dedos con los de él cogías una mano que sólo aguardaba la tuya y no otra, pero de pronto no lo veías un sábado ni tampoco el siguiente y él desaparecía con el sol de esta ciudad.

Fue casi como juego porque lo escuchaste de tu madrina que sin darse cuenta que estabas detrás de ella le dijo a tu tía la divorciada que la mejor manera de agarrar a un hombre y tenerlo seguro, pero bien seguro, era juntar el agua que brotaba de la piel con un café bien cargado. Te pareció la locura más grande que habías escuchado pero ese fin de semana él volvió a desaparecer sin dejar rastro ni aviso y tú te pasaste esos dos días dándole vueltas a los veinte mil posible lugares en los que podía andar y a las veinte mil posibles mujeres, incluyendo a la profesora de matemáticas, que podrían estar acompañándolo. Tampoco podías dejarlo, no querías dejarlo y volver a quedarte sola con los mastuerzos donde nadaban unas sucias gotas de agua de la mañana. Entonces te acordaste de las locuras que había dicho tu madrina y una tarde lo invitaste a tu casa y le serviste un café bien cargado que él bebió sorbo a sorbo y después hizo a un lado para beber de ti. Esa tarde se repitió hasta el hartazgo y a ti dejaron de importarte las historias que sobre él seguían murmurándose en los pasillos porque los sábados y los domingos

sólo a ti pertenecían, porque sabías que era tu mano y sólo la tuya la que se recostaba junto a la de él. Pero nunca imaginaste que una mañana que lo esperabas en la baranda del segundo piso del pabellón él llegaría despeinado, la barba sin afeitar, y te dijera que no tenía muchas ganas de entrar a clase y prefería quedarse contigo. Esa mañana se repitió una y tantas veces que dejaste de acercarte a la baranda del segundo piso para que no te viera. Después viste cómo su tesis se quedaba en la página cincuenta y cuatro y en unas columnas de libros olvidados y viste también cómo en el último semestre de su carrera desaprobaba casi todos sus cursos. En algún momento te dijo que ya no tenía trabajo porque había renunciado pero tú encontraste en su dormitorio una carta despido hecha retazos. Pero él siguió buscándote y buscándote, diciéndote que tú eras lo único que tenía, invitándote a un sitio y a otro, y tú diciéndole que mejor era dejarlo para más tarde porque tenías que estudiar. Y él volvía a insistir, volvía al segundo piso del pabellón, volvía a tu casa pidiéndote un nuevo café y cuando tú no le abrías la puerta golpeaba y golpeaba hasta que tus oídos no soportaban el sonido de la madera y tú le abrías y lo encontrabas allí sin darse cuenta de que tenía los nudillos destrozados. Entonces le dijiste que era preferible separarse un corto tiempo, no mucho, sólo unas semanas, quizás un mes, porque así les podría ir mejor a los dos, pero él no aceptó, no, no aceptó, jamás aceptaría, y te dijo que había perdido todo sólo para estar contigo y que no pensaba alejarse de ti, no, alejarse no, y que tú tampoco lo pensaras porque

él no entendía qué carajo pasaba pero se sentía como embrujado y no podía pasar un minuto sin ti, un segundo sin ti y tú le dijiste que así no podían seguir y él pensó que estabas traicionando su entrega y te agitó de los hombros porque lo había perdido todo, todo, y de pronto sentiste un golpe que te quebró los labios porque él seguía pensando que lo habías traicionado pero te pedía perdón, mil veces perdón por haberte golpeado y para ti todo ya se acabó y él continuaba insistiendo, agitando tus hombros, insistiendo, todo ya se acabó le respondías, todo se acabó, insistiendo porque no puede estar sin ti, porque no se puede liberar de ese embrujo y tú estás deseando oír a tu madrina contando cómo se hace para que desaparezca el hechizo pero en ningún rincón se escuchará su voz.

HYDE PARK

El timbre sonó dos veces.

Juan Carlos estaba sentado en el sillón de la sala corrigiendo los exámenes del curso introductorio de Filosofía. Miró su reloj: eran las once de la mañana de un día domingo. Nadie solía visitarlo a esa hora. En realidad, desde que Nela, aquella alumna que se convirtió en su amante, había desaparecido, nadie lo visitaba a ninguna hora.

El timbre de la puerta del apartamento sonó por tercera vez.

Hacía ocho años que se había mudado a ese apartamento en Hyde Park. Lo consideró como una compra acertada: buena ubicación, vista al Lago Michigan, no muy grande ni muy pequeño tampoco, los intereses eran bajos, los pagos de la hipoteca estaban al alcance de su sueldo de profesor universitario. Pensaba que así había asegurado su futuro. Quién sabe si algún

día se atrevería a venderlo para comprar otro. El solo hecho de embarcarse en el papeleo y el trajín de otra compra-venta lo desalentaba.

Durante esos años su vida había transcurrido dando clases de ética y filosofía en una de las universidades de Chicago, escribiendo artículos en revistas especializadas, viajando a dar charlas sobre Hegel, Hume, o Sartre. Casi sin darse cuenta dejó de viajar a Uruguay, el país de su padre. Tabaré, el último de sus primos que vivía en Montevideo, se había mudado a Michigan antes de la compra del apartamento en Hyde Park. Así que desde hacía un tiempo no tenía a quien visitar en Uruguay. Y aunque Juan Carlos era nacido y criado en Chicago, toda la historia del país de su viejo latía bajo su piel. “Antes las aguas de las playas montevidéanas eran claras”, solía decirle don Francisco, su padre, cebando un mate. “Cuando iba a Malvín, a Carrasco, o a Punta Gorda, me metía a la playa hasta la cintura y podía verme no solo los pies, sino hasta los pelos de las piernas. Así de clara era el agua”. Esa había sido la época en que Uruguay era conocido como la “Suiza de América”. La época de la democracia, la libertad de prensa, la seguridad social. Era la época en que Uruguay era campeón del mundo en fútbol. “No te imaginás lo que fue vivir ese dos a uno contra Brasil, en el mismo Brasil. Yo estaba chico, pero fue un carnaval tremendo. Y pensar que ahora no le ganamos ni a Bolivia”. Es que todo se cayó de golpe. Brutalmente de golpe. Como si bajarán unas cortinas negras, y al levantarlas se

tuviera otro país. “Esos fascistas lo jodieron todo”, decía don Francisco, cebaba otro mate, miraba a través de la ventana el blanco invierno de Chicago. Quién sabe con qué carajo empezaron primero: si con la intercepción de llamadas, o con el cierre de un periódico de corte socialista, o con la prohibición de algunos libros, o con la tortura de un estudiante universitario que no tenía quien lo defendiera. “Pero de pronto nos vimos viviendo en un país de miedo. El que tenía una opinión diferente a la de los milicos, caía en cana, en tortura, o era desaparecido. Aquí en Estados Unidos, nadie puede entender eso. Nadie. Pero yo, al principio, no creía que estaban sucediendo esas cosas en Uruguay. Eso sucedía en otros países, pero no en el nuestro. Fue tu tío Ignacio, el que me habló del chuponaje. Yo le respondía que debía estar durmiendo mal. Luego me contó que una de sus estudiantes de la facultad de letras había desaparecido. Ahí lo tomé por loco. Lo cosa se puso jodida, cuando tu tío no volvió. Fui a su casa y todo estaba tirado: sus libros regados por el suelo, los papeles, todo, todo. Entonces salí a buscarlo por donde sea. Eramos diferentes, pero era mi hermano, mi propia sangre. Fui a hospitales, a la morgue, a las comisarías, hasta en el manicomio estuve. No había ni rastro de él. Era invierno en Uruguay. Y como vivía a dos cuadras de la rambla, una tarde caminé hacia allá. Pensé que ahí podría encontrar una respuesta sobre sobre tu tío. Claro, no encontré nada. Pero nunca vi el agua de la playa tan revuelta. Como si algo podrido se viniera desde lo más profundo. Al otro día, recibí una llamada anónima: iban a

venir por mí. No entendía por qué. Tal vez solo porque estuve buscando a mi hermano Ignacio. Entonces terminé viajando por estos lares. Entonces nuestro futuro fue volvernos en un país de miedo”.

El timbre sonó de nuevo. Juan Carlos se levantó. Dejó los exámenes sobre el sofá. No supo por qué se le había venido a la cabeza esa historia de su padre. Él no podía ser el del timbre. Como ya estaba jubilado, había salido de viaje a media semana a Cincinnati donde tenía unos amigos y no regresaría hasta el domingo muy tarde. Pensó en Nela. ¿Sería posible? Ella aún tenía la llave de la puerta principal del edificio. ¿Sería posible? Más de una vez había soñado despierto que Nela volvía tan de improviso como se fue. ¿Sería posible? Nela, dónde estarás. Nela, que lo ayudó tanto a buscar el apartamento y que luego lo pintó y lo decoró de arriba a abajo. Nela, quien nunca entendió por qué después del 11 de septiembre él había adquirido la manía de explorar en la página web de Al Jazeera. “¿Qué tiene que ver eso con la filosofía?”, preguntaba ella. “Mucho, porque la filosofía tiene que ver con lo que está pasando en el mundo, y para entenderlo hay que conocer todos los puntos de vista; eso es lo bueno de este país: todos pueden dar su opinión”. Nela no entendía de qué servía dar una opinión, si nadie la escuchaba. No entendía por qué Juan Carlos pasaba tanto tiempo escribiendo un artículo en contra del proyecto de ley que buscaba que se colocara un *chip* en la licencia de conducir que permitiría

saber la ubicación de todo el mundo. “Ese proyecto va contra la libertad”, le decía él. “¿Cuál libertad?”. “Esta, Nela, ésta que no vivió mi padre en su país, y por la cual mataron a mi tío. Esta libertad que hace que los dos estemos aquí y salgamos a la calle y regresemos a la casa”. Pero Nela no creía en sus artículos, ni en sus palabras. Nada cambiaría con ellos. Si querían rastrearlos con un *chip*, lo harían. Probablemente ya lo estaban haciendo. “¿De qué estás hablando, Nela? Esto no es Uruguay, ni la Argentina de los 70. Esto no es el Chile de Pinochet”. Esa fue una de las últimas conversaciones que tuvieron. Después ella no vino más a Hyde Park. Después él se resignó a dejarla ir. Se quedó solo con su rutina de profesor. Solo y soñando que un día Nela volvería y estaría detrás de esa puerta. El timbre volvió a sonar. ¿Sería ella? ¿Estaría Nela de vuelta?

Juan Carlos se acercó a la puerta, abrió: dos tipos vestidos de traje oscuro estaban allí. Ambos masticaban chicle. Ambos tenían el cabello bien recortado. Uno de ellos, de aspecto latino, llevaba lentes de sol, a pesar de estar en un vestíbulo. El otro tenía pinta de tener ancestros eslavos.

-¿Qué le tomó tanto en abrir? –dijo el latino.

-¿Quiénes son ustedes?

- No lo adivina? –respondió el de aspecto eslavo.

-No, realmente, no.

Los visitantes se miraron. Luego, sincronizadamente, mostraron sus identificaciones.

-Capitán Carlos García, del FBI. Él es el teniente Tom Jarroski. ¿Nos deja pasar?

Los hizo entrar. Ambos miraron el departamento como si husmearan.

-Ya sabe a qué venimos ¿no? –dijo García.

Juan Carlos pensó que tal vez querían una carta de recomendación para un estudiante que postularía al FBI. Luego recordó que el semestre anterior había enviado una carta apoyando a Scott Peterson, un alumno que había sido *marine* y postuló al FBI. Debía ser eso. Seguramente querían más información sobre Scott.

-¿Es sobre Scott?

-A Scott le va bien –dijo el que parecía eslavo.

-Entonces, no sé.

-Queremos los nombres –dijo García.

¿Los nombres? Pensó que había un error. Que seguramente se habían equivocado de apartamento y de persona.

-Díganos los nombres, profesor, y nos ahorramos esta conversación. Sabemos bien quien es usted. Sabemos las páginas de Internet que usted revisa. La de Al Jazeera, por ejemplo –dijo García.

Juan Carlos se sorprendió. Y ellos se dieron cuenta. Le hubiera gustado decirles cómo se atrevían a indagar en eso, que era en contra de sus derechos hacerlo. Pero intuyó que ése no era el mejor camino. También intuyó que no había un error de identidad. Era a él, definitivamente, al que buscaban. ¿Pero de qué nombres hablaban?

-También sabemos de sus artículos.

-¿Está usted en contra del gobierno?

-¿Es esto un interrogatorio? –se defendió él.

-No oficialmente.

-Sabemos bien que usted está involucrado.

¿Involucrado en qué?, se preguntó. Quiso decirles que era un profesor de Filosofía, medianamente pagado, que sí era cierto que veía la página web de Al Jazeera pero que eso no era un delito, que su novia había desaparecido y nunca más supo de ella. ¿Nela? ¿Qué había pasado con ella? ¿Tendría ella algo que ver con esto? ¿Ella habría informado de su hábito de explorar en la página de Al Jazeera? ¿Por eso habría desaparecido de su vida de la noche a la mañana? Entonces vio que el agente de aspecto latino husmeaba sus libros que estaban en los estantes de la sala.

- Sabemos también lo que predica en sus clases. Vamos profesor, quiénes son sus contactos. ¿Acaso no ha dicho usted en sus clases que posiblemente el gobierno planeó el ataque a las torres gemelas?

Entonces pensó en Scott. Sí, quien otro. Él podría haber pasado esa información sobre sus clases. ¿Pero no tenía el derecho a la libertad de cátedra? ¿No estaba protegido por la primera enmienda a la constitución?

-De nuevo le pido que suelte los nombres, profesor.

De pronto escuchó el golpe de varios de sus libros que cayeron al suelo. El agente de aspecto latino los había lanzado desde el estante más alto.

-Oiga usted, no tiene derecho a hacer eso.

Otra ruma de libros cayó al piso.

-¡Qué lecturas tan interesantes, profesor! –dijo burlesco.

Y otro montón de libros volvió a caer, desperdigándose por el piso.

-¡Le prohíbo que haga eso! –gritó con todas sus ganas, como pocas veces lo había hecho en su vida.

No se dio cuenta cuando sorprendentemente sintió un golpe que le cruzó la cara. Nadie lo había golpeado antes y desconocía la sensación. Se descubrió de bruces en el suelo, rodeado de sus libros. Por un instante, pensó en su padre cuando contaba que encontró todos los libros regados en casa de su tío Ignacio. Se tocó la cara y sintió un hilo caliente. Entonces supo que estaba sangrando. Aquí no pasaban esas cosas, pensó. Eso sucedía en el país de su padre, en la

Chile de Pinochet. Aquí había derechos, había democracia. Pero el dolor de la cara, como si estuviera a punto de reventar, le mostraban otros indicios.

-Vamos, profesor, evitemos esto, y díganos los nombres de sus contactos.

Juan Carlos alzó la cara y por la ventana pudo ver el lago Michigan: nunca había visto el agua tan turbia, como si algo podrido se viniera desde lo más profundo.